

ARMAS Y LETRAS

Ayuntamiento de Madrid

SI NO CONOCE USTED ESTA ARMA, PIDA REFERENCIAS

LA PISTOLA NACIONAL
"ASTRA"

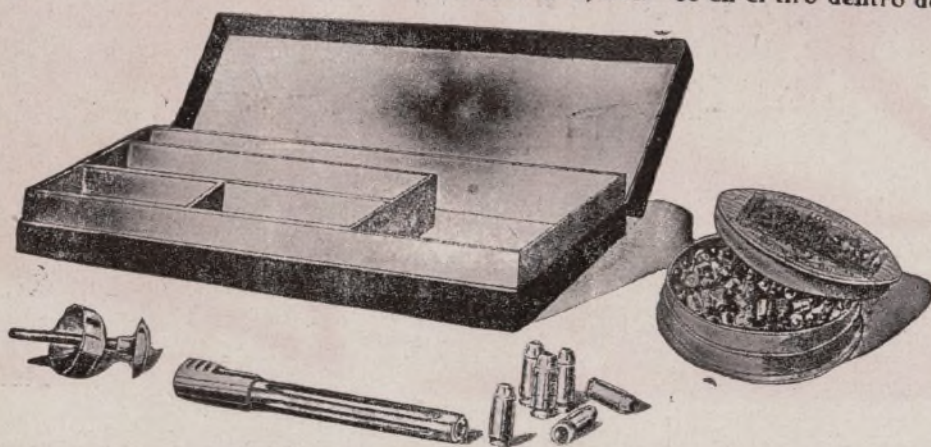
ha obtenido en todos los Concursos la superior recompensa, habiendo sido declarada única reglamentaria en el Ejército, Marina, Cuerpo de - - - Carabineros y Cuerpo de Prisiones - - -
Calibres 9 largo, 9 corto, 7,65 y 6,35

Los Jefes y Oficiales del Ejército y Marina, pueden adquirirla a plazos por conducto de "Armas y Letras".

PIDAN DATOS A LA ADMINISTRACION DE LA REVISTA

UN NUEVO INVENTO Y UNA NUEVA PERFECCION

Todos pueden ser tiradores y todos pueden ejercitarse en el tiro dentro de su propio domicilio



Se consigue con el equipo de

CAÑON DE CALIBRE REDUCIDO

que posee la

Pistola nacional "ASTRA"

PRECIO del equipo, compuesto de estuche con cañon, seis cartuchos de recarga, yunque, botador, escobillón y una caja de 100 cartuchos de perdigon.

16 Pesetas

Los pedidos, a la Delegación General de la pistola nacional ASTRA:

A. V. de Bernabé - Duque de Osuna, 3, Madrid - Apartado, núm. 8.043

NOTA: Este equipo sólo puede ser utilizado en las pistolas de calibre 9 corto y 7,65.



GLOSAS NOVELABLES

CÓMO NACIÓ EL SOLDADO



LLA era por los tiempos primeros del mundo, según cuenta la tradición italiana, de donde saco esta historia, la más verídica de cuantas sobrenaturales se han escrito.

Hallábase el Supremo Hacedor contento y satisfecho examinando la magna obra de la Creación, y pasado el disgustillo que le produjera la diabólica serpiente, ocupábase en remediar pequeñas deficiencias que se iban notando en la organización de la ya numerosa descendencia del primer hombre, cuando contrajo su rostro una idea, que pasó, rápida, fugaz, momentánea, por su mente divina.

La diestra mano se posó un momento sobre metálica trompa, que arrancó al contacto breve melodía de dulcísimas notas, que, repercutiendo por los ámbitos celestiales, indicaron al primero de los arcángeles que su Señor deseaba verle.

Prosterando escuchó Rafael la palabra grave, profunda, del Dios omnipotente: "La Creación no es perfecta; falta alguna cosa; en mi confiar de la bondad del hombre, olvidé, al crear los Estados, la formación de uno cuya necesidad ahora se me muestra. Las generaciones se han sucedido; las gentes, al multiplicarse, han ocupado regiones distintas, donde se agrupan egoísticamente, mirando como extraño al hermano alejado, de quien envidian la prosperidad y la suerte.

Necesito quien ponga orden en las contingencias que preveo; ve, Rafael, a la Tierra y búscame un hombre fuerte, audaz y desintere-

sado que pueda servir de modelo al futuro "soldado".

Inclinóse el arcángel y desapareció tras nube rosada, que, en rápido andar, condújole, transformado, al mísero globo donde la humanidad doliente arrastraba su vida de fatigas y penalidades.

Cruzó mares y atravesó ríos; visitó comarcas montañosas y planicies de verdura; vivió en las calles y habitó las selvas, en busca siempre del hombre ideal, compendiador de virtudes que el Señor necesitaba.

Una vez creyó encontrarlo en la persora de atlético labrador, que, pacientemente araba sus tierras, guiando la pareja de animales con firme mano, fuerte andar y seguro movimiento.

—He aquí el hombre que me hace falta—pensaba el arcángel, aproximándose, cuando un muchachito metióse inadvertidamente en el terreno recién levantado; y alcanzándole el gigante, le sacudió dos buenos puñetazos, que hicieron llorar al rapazuelo.

—No basta ser fuerte; hace falta tener corazón—murmuró el enviado celestial, siguiendo su camino.

En una ciudad atrajo su atención espesa llamarada que reducía a cenizas un edificio habitado.

Un hombre ya viejo lanzóse entre las llamas para salvar a una mujer cuya situación marcaban agudos chillidos; y ya habíase hecho con su carga y traspasado la parte más peligrosa, cuando las fuerzas le faltaron, y el cuerpo rodó a la hoguera.

—No basta el corazón si no le acompaña la fuerza—pensó el arcángel.

Y continuó su viaje, examinando gentes y es-
tudriñando caracteres, hasta que, cansado de su
estéril tarea, confuso y desesperanzado, deci-
dió volver a la presencia divina sin el hom-
bre por quien bajara a este mundo.

Inclinado ante Dios, expúsole el resultado de
su viaje.

—Señor: recorrí la Tierra, buscando con afán
el hombre modelo que me pedisteis; no existe,
pues anduve por valles y montes, ciudades y lla-
nuras, sin encontrar ninguno que traer pudie-
ra. No tendremos, Señor, soldado, a menos que
rebajéis alguna de las bellas cualidades de que
pensabais adornarle.

—Preveía el resultado, y no me sorprende lo
infuctuoso de tus pesquisas—díjole Dios al ar-
cángel—. Pero no te apures, que soldado ha-
brá, porque es necesaria su existencia para tem-
plar las relaciones de la Humanidad, para que

se respete al débil y coartar el poder del fuerte
y orgulloso.

Y a una señal del Omnipotente congregáronse
en su presencia las Virtudes todas, y, entresa-
cando de entre ellas el Valor, la Abnegación, el
Honor y el Sacrificio, mezclólas con el Desinte-
rés y la Fuerza, formando un conjunto que dió
forma de hombre.

—He aquí el soldado, Rafael; vuelve a la
Tierra, conduciéndole, para que sea allí el en-
gendrador y modelo del nuevo Estado que en
este día creo.

Y así nació el soldado; así vino a la Tierra
el precursor de los actuales militares, fieles guar-
dadores siempre de las virtudes que al primero
pusiera Dios.

Tal es la tradición italiana, que desentraño
y hago cuento, firmemente persuadido de que si
verdad no es, pudo serlo.

ARTAGNAN

CONCEPTOS DE MORAL MILITAR

Adolfo Coste

Es preciso que no os consideréis deshonrados
por dirigir la palabra a un inferior en tono amis-
toso.

Es necesario que seáis un amigo del soldado
y un consejero suyo.

Todos vuestros esfuerzos deben tender a for-
mar el soldado moralmente a semejanza vuestra.

Para ser verdaderamente dignos de mandar al
soldado, es preciso que seáis capaces de amarlo.

Belle-Isle (Mariscal de)

No empleéis nunca con vuestros soldados ex-
presiones duras o epítetos humillantes ni profe-
ráis jamás, al hablarles, palabras bajas o innobles.

Cuando os veáis forzado a castigar, que vuestros
subordinados lean en vuestra faz la pena
que os causa el veros obligado a recurrir a tan
dura extremidad.

Guardaos de contraer el gusto por el vino, cu-
ya tendencia es embrutecer.

La humanidad y la liberalidad nos conservan
el corazón de los hombres con quien vivimos y
de los que se hallan a nuestras órdenes.

Si alguna vez cometéis alguna falta, apresu-
raos a reconocerla, y sobre todo a repararla.

El Oficial que por ganar renombre expone a
sus subordinados a peligros y males superfluos,
es indigno de llamarse hombre; la gloria que se
obtiene a ese precio, ni es hermosa ni duradera.

Sed accesible, afable, político y obsequioso,

aún más con los inferiores que con los iguales;
la política con los iguales no es sino el efecto de
una política diestra; la que se emplea con el su-
balterno, es una prueba de la bondad de corazón.

Las palabras duras, dirigidas a los soldados,
disminuyen el prestigio del que manda; y dirigi-
das a Oficiales, le comprometen.

Julio Michel

La verdadera dignidad consiste en usar mane-
ras afables, corteses e insinuantes; en no desco-
nocer a los antiguos compañeros; en conducirse
como padre y guía de los jóvenes e inexpertos;
en hablar con sinceridad y franqueza; y en tener
bien formado el corazón.

La sangre fría es aquella virtud que en las
circunstancias más graves y en medio de los ma-
yores peligros nos hace conservar la serenidad
de la inteligencia, la facultad del razonamiento
y la dignidad de la persona.

La prudencia es virtud por la cual toda acción
del hombre va precedida de madurez de consejo,
y acompañada del sentido, del juicio y de la
agudeza.

Rústow

El que da órdenes y exige obediencia, sólo por
la vana satisfacción de ser obedecido, ni sabe man-
dar, ni es digno de mando.

Dar una orden no significa nada; lo importan-
te es vigilar su cumplimiento.

I

LLEGADA DE NUESTRO HÉROE

—¡Ya vienen los borregos!... ¡Beeee!... ¡Beeee!...
—exclamaban los veteranos al ver subir por la
ancha carretera una masa in-
forme, a través de algunos
faroles colocados en las cu-
netas.

—¡A acostarse todo el
mundo, que van a tocar si-
lencio!—dijo con ronca voz
el cabo de cuartel, un mo-
ceton como un castillo.

Entonces se oyó un estrépito infernal: tablas
que caen, banquillos de hierro que chocan, todo
armonizado con los aires de la jota segoviana,
eterno rumor que vibraba en la compañía du-
rante las horas de asueto.

—Cuarta, el teniente—exclamó con fuerte voz
el cuartelero de la puerta.

No sé explicar cómo fué; pero cuando entró el
oficial de semana en la compañía y le dió la no-
vedad el cabo de cuartel, por hallarse el sar-
gento de semana en banderas, todos parecían dor-
mir profundamente.

Dió el teniente las órdenes oportunas, y salió: a
los pocos minutos vióse entrar en el patio cua-
drado la fila negruzca, silenciosa, de los quin-
tos: aparecieron multitud de faroles: según el nú-
mero se fueron separando por compañías, y al
poco rato subían a la cuarta los destinados a ella.

Los había de todas clases: madrileños listos y
madrileños tontos, segovianos tontos y segovia-
nos listos.

—Primero—exclamó el teniente—que se colo-
quen al pie de sus camas, y diga usted a los re-
clutas que si quieren que se les guarde el dine-
ro y se les irá entregando conforme lo pidan.

Repitió la orden el sargento, y apareció ante
la mesa en que estaban sentados el capitán y ofi-
ciales de la compañía un muchachillo enclen-
que, pequeñito, de hermosos ojos negros y tez pá-
lida: en una palabra, de su cuerpo se podía de-
cir, con el filósofo, "que era un pretexto para que
residiera un alma".

—Sargento Gutiérrez—dijo el capitán—haga una
relación de los que dejan dinero. Cómo se llama
usted—continuó, dirigiéndose a aquel hombrecillo.

—Juan Bautista Expósito, señor—contestó con
triste acento el preguntado.

—¿Cuánto dinero quiere entregar?

—Doce pesetas, señor.

Iba a mandar el capitán que se retirara, cuando
el oficial de semana, veterano teniente de canoso
bigote, que se había ganado las estrellas a bala-
zos, preguntó al recluta:

—¿Qué oficio tenía usted
en su pueblo?

—Sacristán, señor. Mur-
mullos de risas comprimidas
en las camas de los vetera-
nos.)

—¿Y cómo se arregla usted
para mudar de sitio el misal
con esa estatura? (Más risas.)

—Poniéndome de puntillas, señor.

—¡Bravo: valiente sacristán haría usted!

—Pues ahora estoy hecho un real mozo; que
hace dos años, cuando pedía durante la misa para
las ánimas benditas, tenía que meter mucho ruido
con el cepillo de los cuartos para que los fieles
notaran mi presencia y no me pisaran.—Y acom-

Entre los cuentistas que supieron reflejar fiel-
mente nuestro ambiente y nuestra psicología,
Angel E. Blanco se nos muestra maestro en el
difícil arte del cuento, mostrándonos el encanto
sencillo y emocionante de una vida que se apaga
en la vorágine de la vida, llena de la tristeza de
una juventud tronchada cuando las ilusiones
florece.

4ª Compañía



pañó la terminación de la frase con una risita nerviosa, dulce y argentina...

Terminado el interrogatorio, mandó el capitán que se retirara.

II

LA NOVATADA

Al día siguiente por la noche, después de pasar lista, dijo el sargento de semana al cabo más antiguo de la compañía:

—Cabo Ochoa, al toque de retreta que rompan filas.

Se puso el corraje, cogió el fusil, y con el parte de retreta en la mano bajó al cuarto de banderas.

No bien hubo desaparecido, cuando Ochoa, guiñando el ojo a los veteranos, llamó al *canario* Juan Bautista. Entonces se notó en las filas un movimiento entre los soldados viejos, que pasó desapercibido para los *caloyos*.

—Usted pensará en ascender—dijo el cabo, mirando a Juanín y sonriendo.

Juanín, desde pequeño (¡más pequeño aún!) soñó con mandar muchos soldados, y sonrojándose al ver descubierto su más oculto pensamiento, contestó con una sonrisa.

—Pues bien—añadió el cabo—veamos qué tal voz de mando tiene usted; primero se dice: ¡Compañía!; luego, ¡firmes!; después, ¡rompan filas!; y, por último, ¡mar...!, dejando un intervalo de voz a voz para que se diferencien unas de otras.

Juanín se desfiguró por un momento: igual a los cantantes que avanzan hasta las candilejas para dar más brío a una nota alta, Juanín aspiró con toda su fuerza una oleada de aire, sus ojazos adquirieron el brillo del orgullo, y de aquella garganta de jilguero salió una voz fuerte, potente, robusta, y repitió las voces de mando; mas al llegar a la de ¡mar...!, una lluvia de cabezales, de jergones, de mantas y sábanas llovieron sobre él. Si Juanín hubiera tenido conocimientos históricos, se hubiera comparado a Napoleón, cuando en Marengo, dictando órdenes, sentía silbar las balas y bombas sobre su cabeza...

Entre las alegres carcajadas y chanzonetas de los veteranos pudo al fin salir de aquella montaña de utensilios; mas al ver los soldados viejos que salía sonriendo con aquella sonrisa de ángel, viendo frustrada la segunda parte de la broma, no volvieron a molestarle más: Juanín, con su conformidad y dulzura, iba cautivando a sus compañeros.

III

ARS AMANDI

Dos días después escribía Juanín a su novia (porque Juanín, pequeño y todo, tenía novia).

“Querida Rosita: Hace cinco días que estoy separado de vosotros, y ¡cuánto he llorado en tan

poco tiempo! Paréceme esto un sueño, ¡pero qué sueño tan triste! Porque yo reflexiono y con razón: Vamos a ver, ¿qué falta le hacía a la patria un muchachuelo como yo, que no sabe más que quererte, coger nidos, tocar las campanas y ayudar a misa? Es verdad que el servicio tiene sus atractivos nobles: ser útil a la patria, marchar al son de la música y dejarse mirar con ternura por las mozas a quienes gusta en extremo el pantalón encarnado y los andares marciales; pero, ¡ay!, echo tan de menos los prados y huertas de nuestro pueblo, su cielo siempre azul... y el murmullo del mar, que tanto me deleitaba cuando, a la caída de la tarde, nos sentábamos en aquella roca a ver cruzar las lanchas pescadoras...

Ayer nos vistieron: ¡cuántas cosas me dieron, Dios de Dios! Ropa blanca, zapatos, cepillos, alpargatas, bota de vino, cuellos, pañuelos, bolsa de aseo, polainas, cuchara, olla-marmita, etcétera, etc.; un traje que me está muy grande, que llaman de faena, y otro de paño, consistente en guerrea azul y pantalón encarnado.

El hijo del tío *Cano*, que es cabo de mi compañía, me dijo ayer, mientras tomábamos una jarilla en la cantina: “Mira, Juanín; aquí mucha vista, oído sordo y lengua corta; sigue mi consejo y marcharás bien.”

Cuando tocan marea, me voy a la iglesia del Carmen, que está enfrente del cuartel, me siento en un banco y me parece que estoy en la de nuestro pueblo: me acuerdo de don Rosendo, de ti, de la Virgencica de los Dolores que veneramos en nuestro altar mayor; de las estampas que decoran sus blancas paredes, representando la Pasión y muerte de Jesucristo; de las tías Francisca, Romualda y Eustasia, que se pasaban el día de rodillas rezando a Dios y murmurando al diablo, y hay instantes en que me parece que va a salir don Rosendo revestido, y en que yo le voy a ayudar.

Adiós, Rosa de mi alma: dale muchos abrazos a don Rosendo, y tú sabes que sueña contigo y no te olvida un instante tu—*Juanín*.

Posdata.—Se me olvidaba decirte que mañana empezaremos a aprender la instrucción, y que lo que me da más rabia es no saber lo que significan los toques de corneta.—*Juanín*.”

IV

HISTORIA DE JUANÍN

La del alba sería cuando, montado en su viejo borriquillo, regresaba don Rosendo a su pueblo después de dar los últimos Sacramentos a una anciana de una aldea inmediata, y le pareció oír un gemido al lado del sendero: apeóse del borrico y vió con asombro a un recién nacido muy delgadillo, que lloraba, pataleaba y

agitaba sus manecitas: lo cubrió con el manteo, y mientras murmuraba no sé qué palabras ininteligibles, subió de nuevo al borriquito. Al llegar al pueblo contó lo sucedido, no faltando mujer caritativa que amamantara a aquel boceto imperceptible de hombre.

Pusiéronle por todo nombre y apellido Juan de Dios; y como era tan diminuto, desde luego dieron las gentes en llamarle Juanín.

El muchacho, por otra parte, salió bastante listo: a los siete años ayudaba a misa, y a los quince era el sacristán (¡ahí es nada!) del muy heroico pueblo de Valdés...



V

MUERTE DE JUANÍN

Ya les habían dado el alta en la instrucción.

La primer guardia que hizo Juanín le trastornó de alegría. Cuando se vió con el fusil al brazo, de centinela en la puerta del cuartel, se creyó algo muy noble, sublime y elevado, y hubo momento en que, embriagado por el pícaro orgullo, descansó el arma por miedo de tropezar en el sol con la punta de la bayoneta...

Pero aquella vida no era para Juanín.

Empezó, ¡asombraos!, a enflaquecer aún más, y ya no se le volvió a ver sonreír. La nostalgia iba devorando aquel armazón de huesecillos, y los ojos, aquellos ojos negros, tan hermosos, tan elocuente, tenían el brillo de la fiebre.

Por fin le mandaron al hospital.

El director de él, un bondadoso anciano que era un padre para sus enfermos, después de observarle con fijeza, dijo al sargento de Sanidad que estaba a su espalda:

—Esta criatura muere de abatimiento, de tristeza, de nostalgia.

Por la tarde se levantaba un rato de la cama: se sentaba al lado de la ventana que daba al campo, y pensaba en Rosita, en don Rosendo, en su iglesia, en los árboles donde cogía nidos y en su campana, aquella campana que él volteaba con orgullo en los días solemnes. Y cuando el crepúsculo dibujaba sus nubes de grana en el horizonte, el *véspero* aparecía luminoso en el alto cielo, y el *Angelus* brotaba de los campanarios como un rumor místico-divino que invitaba dulcemente a la oración, Juanín rezaba,

rezaba por él, por Rosita, por don Rosendo y por su madrecita, que, según le había dicho su protector, le esperaba en el cielo.

Era una tarde crudísima de invierno. El cielo se hallaba cubierto por un manto de nubes plomizas, que hacían despertar en el ánimo la idea de la muerte.

Juanín no ofrecía esperanza alguna de salvación.

El director del hospital, rodeado del capellán y de los cabos y sargentos de Sanidad, contemplaba conmovido la agonía de aquel ángel, que, con su carácter dulce, se había captado el cariño de todos.

Juanín cogió una mano del director y le dijo con voz muy apagada; con esa tristeza que tiene todo lo que expira:

—Esta carta y este dinero hágame el favor de mandarlo donde pone el sobre: estoy muy agradecido a todos ustedes, pero como me muero no se le puedo pagar. Quisiera que oyeran una misa por mi alma todos mis compañeros de hospital, y que le escribiera usted a mi protector diciéndole que muero cristianamente.

Después le besó la mano, agitó la izquierda en señal de despedida a los que rodeaban la cama; se les quedó mirando con ternura: el delirio se apoderó de él, y recordando el único momento de orgullo que tuvo en su vida, murmuró débilmente:

—¡Compañía..., firmes..., rompan filas!...

Lo que se rompió fué la circulación vital en el cuerpo de aquel ángel, cuya alma voló al trono del Supremo.



EL TEATRO Y SUS ESTRENOS

«EL INFIERNO DE AQUI»

Pedro Mata, vuelve al teatro. El afortunado autor de *La Goya* cierra el paréntesis amplio que abrió para colmarlo de novelescas producciones, y se nos ofrece pleno de interés en una comedia muy humana que parece un trozo palpitante de vida; tiene calor de humanidad, y su realismo, sobriamente expuesto y hondamente captado, tiene fuerza bastante para interesar y emocionar.

Plantea Mata, un problema moral y de conciencia frecuente y doloroso. Mejor dicho; dos problemas. El uno, es de índole privada; de índole social el otro. Y a mi juicio, los dos muy interesantes, muy humanos, muy lógicos.

Un marido —Eugenio— abandona a su esposa e hija. No vamos a entrar ni a discutir la razón o sin razón, ni las causas que mueven estas determinaciones en la mayoría de los casos. Admitamos la fuerza de los hechos consumados. Y en este plano nos cabe la pregunta obligada, lógicamente necesaria:

¿En qué situación queda la mujer? ¿Qué puede y debe hacer? A falta del divorcio, esa tan necesaria, tan admirable institución jurídica, que espíritus batracios de gran inópea intelectual y cerriles clericalismos nefastos no dejan instituir aún en España,—no queda más que un camino, espinoso y duro, que la hipocresía de muchos y la maldad de los más, cierran. La vida marital.

¿Qué derechos tiene el marido que abandona a su suerte, a su mujer y sobre ella a su hogar? No hablemos jurídicamente. La ley anticuada, vieja, clásica, de un necio conservadurismo insólito, y de un tradicionalismo feroz, está siempre que de estos casos se trata de parte del marido. Sigue incólume casi, un ancestral criterio semi bárbaro, injusto, apasionado.

No. Jurídicamente es otro el problema, y por cierto de los que hay que afrontar clara y urgentemente; con piqueta demoledora y liberalísimo criterio, hasta plantea el problema moral; de índole privada. *Eugenio*, asistido con la inexorable fuerza de la ley, no tiene derecho, no debe tener ningún derecho, no puede tenerlo, sobre el hogar abandonado, que otro hombre rehizo, y lo sahumó con sus bondades y vida, en una casa feliz y

honrada. Honrada; aunque no esté legalizada, por acta curialesca, y ceremonia religiosa...

No será marido *Antonio*. Pero podrá y debía serlo. Lo es en espíritu. Lo es, porque cumple con deberes de tal, y porque lo cree la gente. ¡La gente! Que es lo mismo que decir: la gran estupidez; la máxima hipocresía: el comodín de los pícaros.

Y en esto empieza la comedia de espíritu pirandelliano. En aquel hogar llega de pronto, fatalmente, casualmente el marido, que hace veinte años había desaparecido. Y naturalmente, encuentra una fría hostilidad... ¿*Acaba bien la comedia?* Si no es muy lógico, es cuando menos posible y humano el desenlace. Mata expresamente prepara el final; lo ayuda.

Aquel marido enfermo, gastado, achacoso, sólo inspira piedad y compasión. Su estado lastimero puede explicar la extraña actitud sentimental de su hija que se sacrifica, ante la amenaza que se cierne sobre la felicidad de su madre, y se dispone a aliviar los tristes pesares de su padre.

Mata al final, se siente marido, de honda ternura; la voz de la sangre, en la que no creemos, ni esperamos, induce sin duda también a la hija a seguir a su padre que jamás ha visto, que jamás ha conocido... Está bien. Es un modo de resolver. Es una solución. ¿Por qué no?...

El otro problema, los prejuicios sociales, lo plantea Mata valientemente y lo resuelve con sobria concisión admirable, con fuerza y con valentía.

Técnicamente, la comedia está trazada con summa habilidad. Los dos primeros actos tienen el máximo interés dramático. El tercero, menos literario, es más real; acaso más exacto, mirando al panorama de la vida.

Pedro Mata que refleja en sus obras la vida actual, con sus lacerías y sus bellezas siempre fiel a su trayectoria en esta obra, «El infierno de aquí», que ha tenido además la suerte de que si la interpretasen muy bien, el conocido elenco del teatro Lara que tuvo reparto en la comedia.

El autor muy aplaudido.

E. ESTEVEZ-ORTEGA



R. Blanco Belmonte es un escritor genuinamente español. Su estilo flúido, castizo, de rancio abolengo, hace vibrar las fibras de los sentimientos más hondos, con rotundas sonoridades que despiertan la sensibilidad del patriotismo, como en la composición presente que brindamos como página maestra.

Yo siento un orgullo que surge vibrante y vela sus armas, y aprende heroísmo
del fondo del alma y asoma al semblante ciñendo la espada, besando la Cruz.
cual nimbo de gloria, cual rayo de sol.

Yo siento un orgullo que es himno ferviente
y es cetro en la mano y es lauro en la frente;
!Yo siento el orgullo de ser español!

Mi orgullo es de planta nacida en la cum-
(bre, (mundo,
de alondra que vuela con ansias de lumbre, su historia, su sangre, su idioma y su amor.
de chispa que ciñe la sien del volcán;
yo siento el orgullo del trozo de acero
que teme ser daga, y en yunque de armero
se trueca en tizona de buen capitán.

Yo pude hallar Patria magnífica y bella
tal vez donde Mayo perenne destella
o en tierras de fuego que nadie exploró;
más Dios, que del alma presiente el anhelo,
mirando en España la copia del cielo,
al darme una Patria, ¡la dicha me dió!

Por grande la admiro, por buena la adoro;
mi Patria es prodigio que guarda un tesoro
de santas leyendas, panales de miel;
su amor es milagro de esencia divina
que en rosa fragante transforma la espina
y en campo de abrojos cosecha laurel.

Yo admiro a mi Patria cual astro fulgente
que muestra camino seguro de Oriente;
yo admiro a mi Patria como un mar de luz,
Jordán en que el orbe recibe el bautismo,
y cierra con llantos el triste Boabdil.

!Ninguna cual ella! Si en horas de an-
(gustia
sintió la flaqueza de flor que se mustia,
muy luego a sus hijos dió ejemplo viril;
rasgando la sombra, luciendo cual rayo,
trazando la gesta que inicia Pelayo

¡Ninguna cual ella! ¡Cual ella ninguna!
Si envilia cobarde o adversa fortuna
borrase los fastos que España trazó,
Truncada y deshecha del mundo la historia
Se hundiera en la noche perdida su gloria;
¡Si mueren los astros, el cielo acabó!

Por gloria del mundo, refulgen brillantes
las glorias del pueblo que mira en Cer-
(vantes
al padre sublime del loco ideal;
y es gloria del mundo, que el mundo venera,
el pueblo que pone su santa bandera
en manos de un loco, de un nauta inmortal.

Ni eterna es la dicha ni eterna es la suerte;
y si hay otra tierra más rica o más fuerte,
no la hay más honrada, más llena de honor!
la fuerza es la garra que estruja, que mata;
el oro lo obtiene robando el pirata,
¡y la honra es destello del Sumo Creador!

España es la grande, la santa, la augusta,
la siempre abnegada, la Madre vetusta
que lleva en el alma sublime virtud;
España es sonrisa que brilla en la pena,
es martir con alma de níveo azucena
que sube al Calvario por darnos salud.

Es grande entre todas, es grande entre
(grandes

ganando victorias en Méjico y Flandes,
volando invencible de un mar a otro mar;
pero aun se acrisola su excelsa arrogancia
-Locura en Sagunto, delirio en Numancia-
subiendo al cadalso que alzó Villalar.

Yo he visto en mis sueños, a orillas del
(Tajo,

un yunque sonoro, blasón del trabajo,
un yunque-suplicio, rosal de ilusión;
y he visto al martillo rompiendo la escoria
templar corazones forjando la Historia...
y el yunque era rojo cual un corazón.

¡Y el yunque era España! ¡Mi Patria ben-
(dita!

La Patria admirable que reza y medita
sin miedo a los golges que la hacen sufrir,
y aguanta los golpes con brava entereza,
y yergue a los cielos su noble cabeza,
y aguarda los tiempos que habrán de venir,

¿Vendrán?... Del mañana Dios tiene la
(llave.

¡Dios abra en lo ignoto camino a la nave!
Ya muestra la aurora su vivo arrebol.

..... :

Si España en polvo por siempre se hundiera
por siempre en mi pecho su nombre viviera...
¡Yo siento el orgullo de ser español!

M. R. BLANCO-BELMONTE.



NUESTRAS TROPAS EN MARRUECOS



Los hidroaviones del «Dédalo» en el momento de despegarse de dicho buque para entrar en fuego contra las agrupaciones rebeldes, volando sobre Alhucemas

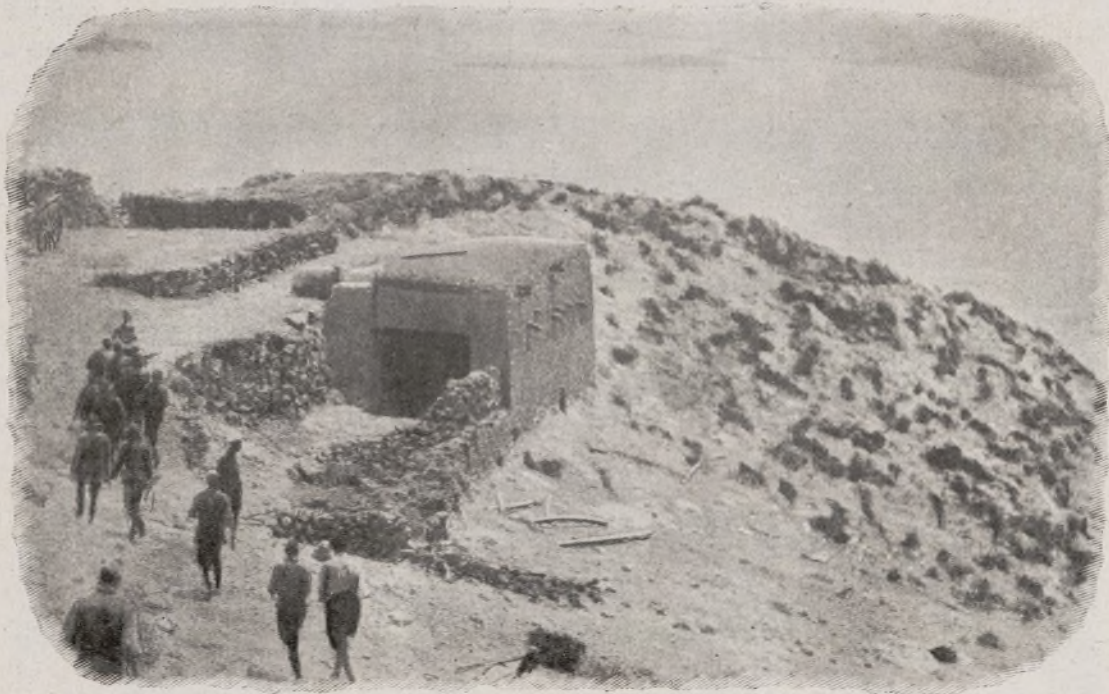
El problema de Marruecos sigue su desenvolvimiento natural y lógico previsto por el alto mando. Nuestras tropas prosiguen la ofensiva salvando briosamente la resistencia del enemigo, que parapetado y con grandes medios de combate, resiste tenaz al empuje de nuestras fuerzas. Las nuevas operaciones en Alhucemas han tenido gran importancia estratégica, pues se ha llegado hasta el límite que separa a Axdir de Boco-ya, en la cabila de Beni-Urriaguel. Los objetivos obtenidos ponen a nuestras fuerzas en ventajosas condiciones para proseguir las operaciones y llegar al objetivo principal. Las tropas, con cooperación de artillería de



Grupo de pilotos aviadores militares franceses y españoles, entre los que se hallan el Infante D. Alfonso y el coronel Kindelán, y que tan brillantemente cooperan con el Ejército y la Armada en las acciones que se llevan a cabo para dominar la rebeldía de Abd-el-Krim



El capitán de Regulares. Sr. Rodrigo, al frente de sus bravos moros, que con él realizaron la hazaña de de entrar en la sitiada posición de Kudia-Tahar rompiendo el cerco enemigo, desfilando a su regreso por las calles de Melilla.



Fotografía de una de las defensas tomadas al enemigo por la séptima bandera del Tercio, al desembarcar en Alhucemas, en la que fue cogido un cañón del 9, hoy utilizado contra los rebeldes.



Obuses de las columnas liberadoras de la posición de Kudia-Tahar, haciendo fuego sobre el enemigo que la asediaba.

mar, tierra y de la isla y aviación han maniobrado con la admirable bizarría de costumbre y bien dirigidas emprendieron el avance cubriendo to-

las alturas de Tiganin y Taramara, opuso gran resistencia.

Desde muy temprano había conseguido la van-

dos los objetivos previstos con gran rapidez, no obstante lo muy duro del terreno y la gran resistencia del enemigo.

Según los relatos de los corresponsales el avance se verificó por la columna de Fernández Pérez por la izquierda, partiendo desde Morro Viejo, y la de Saro por la derecha desde Malmusi. Desde los primeros momentos del avance el enemigo, que ocupaba una línea defensiva desde el monte de las Palomas a



El general Primo de Rivera observando por el periscopio el avance de las columnas que liberaron la posición de Kudia-Tahar.



El general Nouvilas dando instrucciones a los coroneles Orgáz (de la Mehal'la), y Pino, de su Estado Mayor, durante las operaciones de liberación de Kudia-Tahar, que tan heroicamente resistió el asedio enemigo.



Batería de Artillería ligera de Ceuta haciendo fuego sobre el enemigo durante el avance de las columnas liberadoras de la posición de Kudia-Tahar.

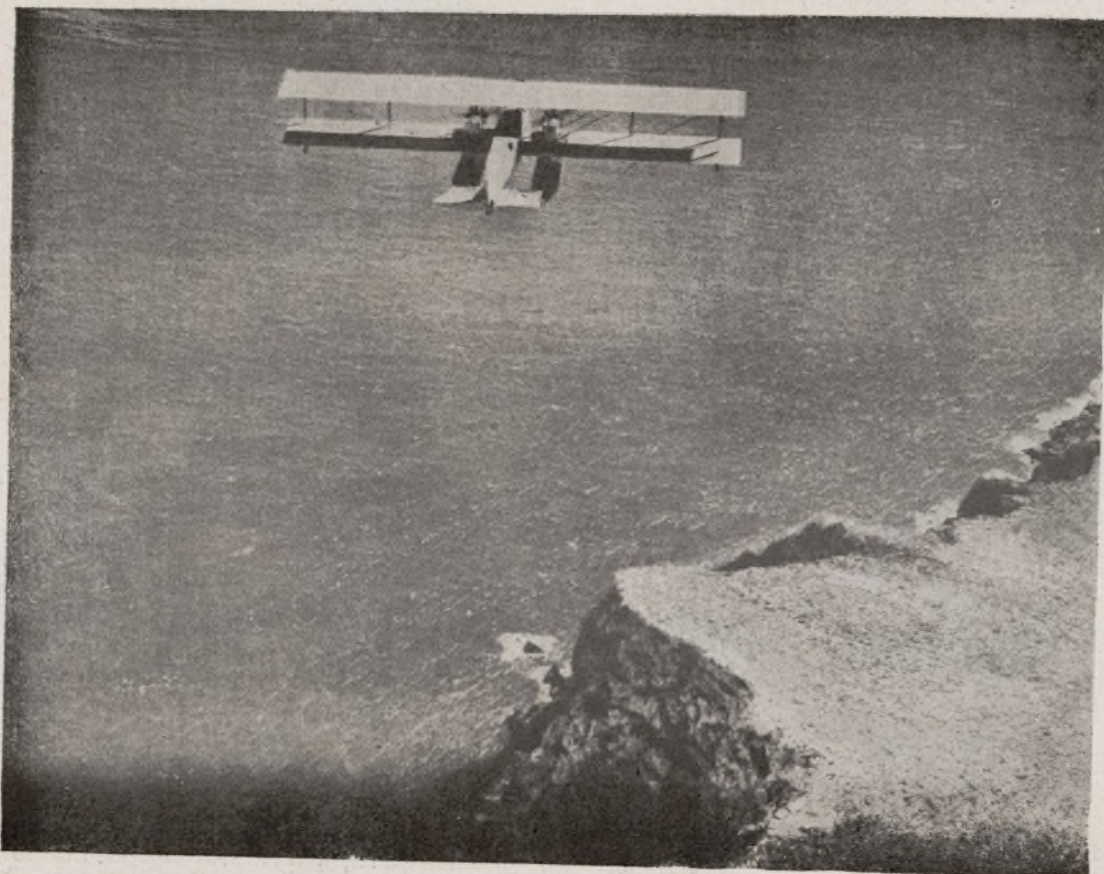
guardia de la columna Saro cruzar el río Tisdit, y poco después daba comienzo a la ascensión del cerro de las Palomas bajo el fuego de los rife-

cosa y el Yebel-Sedun que constituyen las defensas naturales de Axdir.

Las baterías de Alhucemas, la aviación y la

ños, que defendían esta posición vigorosamente.

Después de arrollar a los rebeldes y de desalojarlos de numerosas trincheras que tenían construídas en la falda del cerro de las Palomas en briosos ataques a la bayoneta, ocuparon las alturas las tropas de Saro. La lucha fué durísima y sangrienta; pero los moros, arrollados por el ímpetu de los nuestros, no tuvieron otro remedio que huir en desorden por el lado opuesto del arroyo Islit, amparándose de los fuegos con la Ro-



Hidroavión francés bombardeando la costa y poblados de Morro Nuevo, durante las operaciones



Los Regulares parapetados detrás de las rocas, repeliendo un ataque rebelde en Morro Nuevo.

escuadra contribuyeron en una gran parte a la consecución del objetivo.

El cerro de las Palomas es una de las posiciones más estimadas de los moros, pues existe una leyenda según la cual contiene en sus entrañas una mina de oro.

Los cañones emplazados en dichas alturas cayeron en poder de nuestras tropas, así como numerosas ametralladoras y fusiles. Al enemigo se le hicieron numerosas bajas.

Por su parte, la columna Fernández Pérez llevó a cabo los objetivos que fueron señalados en la operación, esto es: la ocupación de la Punta de las Palomas por la orilla del mar y la orilla opuesta del río Tisdit. Halló en su avance bastante resistencia, y tuvo en ocasiones que luchar cuerpo a cuerpo para desalojar al enemigo de las posiciones que incidentalmente había tomado.

El movimiento realizado por la columna Fernández Pérez facilitó la ocupación de Taramara por las huestes de Saro.

Como siempre, las vanguardias, constituidas por el Tercio, al mando del coronel Franco, los indígenas de Goded y las demás jarcas, se comportaron valerosamente y aguantaron el fuego con notorio desprecio de la vida.



Tres rifeños que lograron fugarse del cautiverio de Ax-dir aprovechando el desconcierto y la confusión que produjo entre la gente de Abd-el-Krim la sorpresa de nuestro desembarco.



Dos soldados del Tercio muestran con satisfacción las granadas tomadas al enemigo después de dar muerte a los artilleros de Abd-el-Krim.



Curiosa fotografía de la evacuación de heridos protegidos por un tanque.

Dichas fuerzas de vanguardia, con el agua cerca del pecho, consiguieron vadear el río Tisdit y arrojar al enemigo de la orilla opuesta, donde había construido unas defensas a manera de fosos.

La jornada ha sido fatigosa y dura; pero menos sangrienta que las anteriores, pues nuestras bajas son unas ciento en total, muchas leves y de ellas nueve entre jefes y oficiales, de las que no hay ningún muerto.

El general en jefe hace grandes elogios del comportamiento de todos, al que atribuye la nueva victoria alcanzada sobre Abd-el-Krim, que, no obstante, no logra contener nuestro arrollador empuje.

Los audaces y victoriosos avances llevados a

cabo con gran bizarría y acierto, revelan una unidad de mando inmejorable, y un empuje decisivo de nuestras fuerzas, cuya moral crece a medida que se acerca a los poblados en donde España sufrió el escarnio de un cruento cautiverio.

Y nuestros soldados enardecidos por la proximidad de aquellos lugares en donde sus hermanos padecieron las iras y crueldades del bandido cabecilla, sienten el ansia de la venganza que reclama todavía los restos de aquellos pobres soldados que enfermos y escarnecidos sucumbieron en el cautiverio.

Ya ha sido ocupado el Adrar Seddun, macizo que dominaba, de un lado, el mar, y del otro, la fracción de Aydir de Beni-Urriaguel, cuya capi-



tal es el famoso poblado tanto tiempo residencia de Abd-el-Krim y los suyos.

Nuestras fuerzas han operado indudablemente siguiendo la línea de las calas y apoyados por los fuegos de la escuadra, que ha entrado en la bahía, y de las baterías del Peñón.

Están ya en la cabila de Beni-Urriaguel. Ante ellas se extiende la playa de Sfi-ba, con su poblado de Ax-dir, que domina el monte de la Rocosa. Al Oriente se abre el llamado Camino de

De las operaciones del frente francés.—Como en nuestro frente el avance de las tropas trae consigo la presentación de indígenas que solicitan el aman. Nuestra fotografía presenta emisarios de las tribus de Oula Haddou presentándose al general Boichut.

los Prisioneros. Dos ríos, el Ibenloken y el Guis, se arrojan por esa playa al mar.

Más al Este se prolongan las playas de Suani y del Harch, que separa la desembocadura del Nekor.

Seguramente, luego será preciso operar en profundidad, hacia el interior, para arrebatrar al enemigo, por lo menos, las eminencias próximas a las playas.

Nuestro movimiento, pues, tiende a ocupar el litoral de la bahía de Alhucemas. Alargamos nuestro frente, maniobrando de lado, en busca de los objetivos morales.

Sólo resta en este breve comentario felicitar al Alto Mando, al General Primo de Rivera, caudillo insigne, que sabe dirigir nuestro ejército con voluntad inquebrantable a una victoria que satisface a España en su honor y en la resolución del problema vital que la hacía aparecer como débil e impotente.

El general Morato, nuevo jefe de la vanguardia de la zona oriental, con el jefe de la base de hidros, capitán Franco, oyendo los informes que del campo enemigo les trajo el capitán Rubio.



DE TODO EL SUBMARINO ALEMAN U-20 EL MUNDO :- LA ODISEA DE UN DIRIGIBLE :-

Cual si fuese un acontecimiento histórico, la prensa de los países que fueron aliados, comenta en estos días la voladura de dicho barco, que se ha verificado en las costas de Jutlandia, donde encalló en noviembre de 1916, siendo abandonado por los alemanes, después de varios intentos para destruirlo.

Los daneses, en un principio, lo pusieron a flote, pero como era un objeto sin dueño, que a nadie servía, constituyendo más bien un estorbo, se han desembarazado de él volándolo.

La transcendencia que al hecho se dió, tiene su origen en haber sido dicho submarino el que hundió el magnífico trasatlántico inglés *Lusitania*, or-



Curiosa fotografía en que aparece medio sumergido el submarino alemán U-20 en el momento de serle colocados en sus costados las minas para su voladura

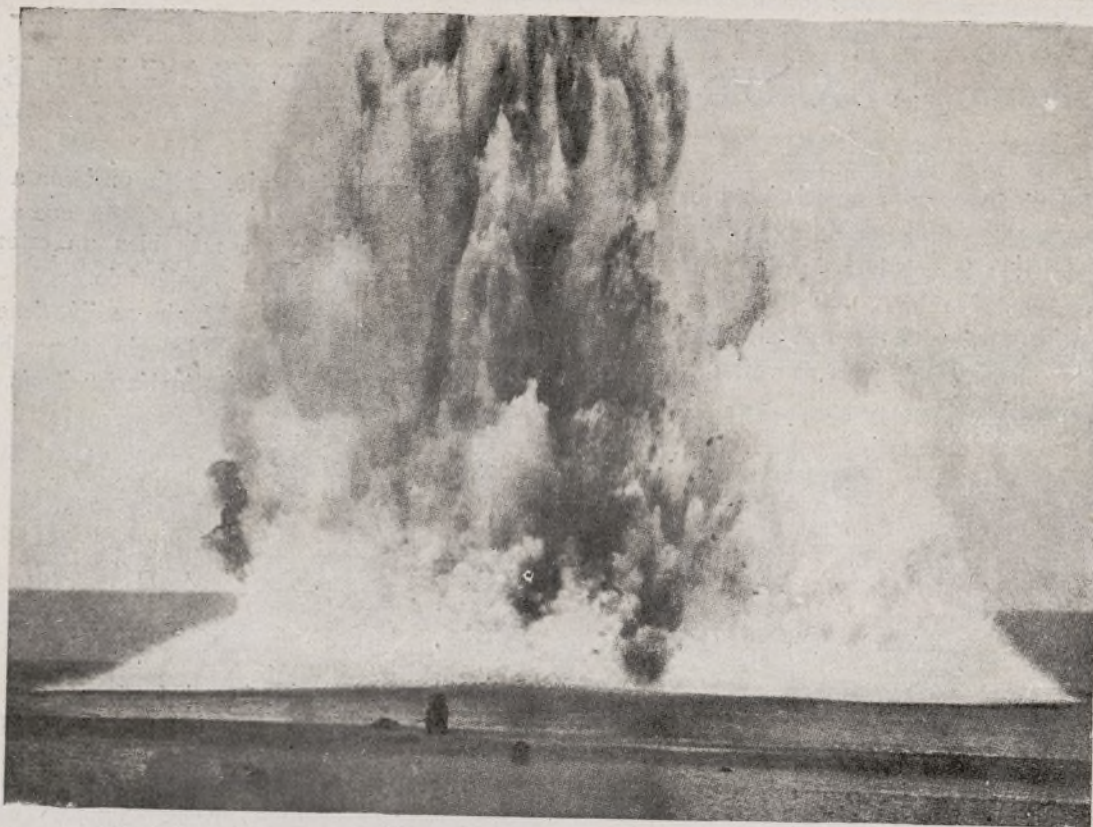
gullo de la marina mercante inglesa y gemelo, según la gente de mar dice, del *Mauritania*.

Ocurrió el hecho, de cualquier modo sensible, en la madrugada del 7 de mayo de 1915, al sur de Irlanda, a la altura de Kinsale, cuando el barco volvía de Nueva York con destino a Liverpool; el ataque fué tan intenso, que en poco más de un cuarto de hora desapareció de la superficie el majestuoso navío, pereciendo, según la prensa extranjera 1.198 personas.

El torpedeamiento levantó grandes protestas en las naciones enemigas del Imperio alemán, cre-

yéndose en ellas, que influyó grandemente en el sentir de los Estados de la Unión, siendo causa principal de que tomasen parte en la guerra, a favor de los aliados.

Los alemanes respondieron a tales protestas diciendo que el *Lusitania*, figuraba en las listas de la Armada inglesa como crucero auxiliar; los ofendidos alegaron, reconociendo lo cierto de tal afirmación, que no había recibido el armamento, ni conducía contrabando alguno de guerra en el momento de ser torpedeado, insistiendo en calificar de injusta al agresión.



Momento de la explosión de las minas que destruyeron el submarino alemán U - 20

En Inglaterra fué donde mayor indignación produjo el hecho: el *Lusitania* y el *Mauritania*, habían sido contruidos para luchar contra los grandes transatlánticos alemanes de las compañías Hamburg-Amerika-Linie y Norddeutscher-Lloyd, que por sus dimensiones colosales y el lujo de la parte destinada al pasaje, habían acaparado la clientela de los potentados americanos.

El submarino U-20, no tenía nada de extraordinario: entró en servicio en 1914 con otros ocho de su misma clase y tipo; desplazaba 800 toneladas y podía marchar a razón de 17 nudos por hora (32,5 kilómetros); como armamento llevaba tres tubos lanza-torpedos; pertenecía a la base marítima de Emden.

En los primeros días del pasado mes, acaeció en los Estados de la Unión, una de tantas catástrofes con las que suele pagar el hombre, su afán inmoderado y excesivamente rápido de perfectibilidad.

El enorme dirigible Shenandoah, que en el idioma indio significa "hijo de las estrellas", fué par-

tido en dos por un huracán, pereciendo en el siniestro 15, de los 42 hombres que lo tripulaban, entre ellos, su comandante el teniente Lansdowne, intrépido piloto aéreo.

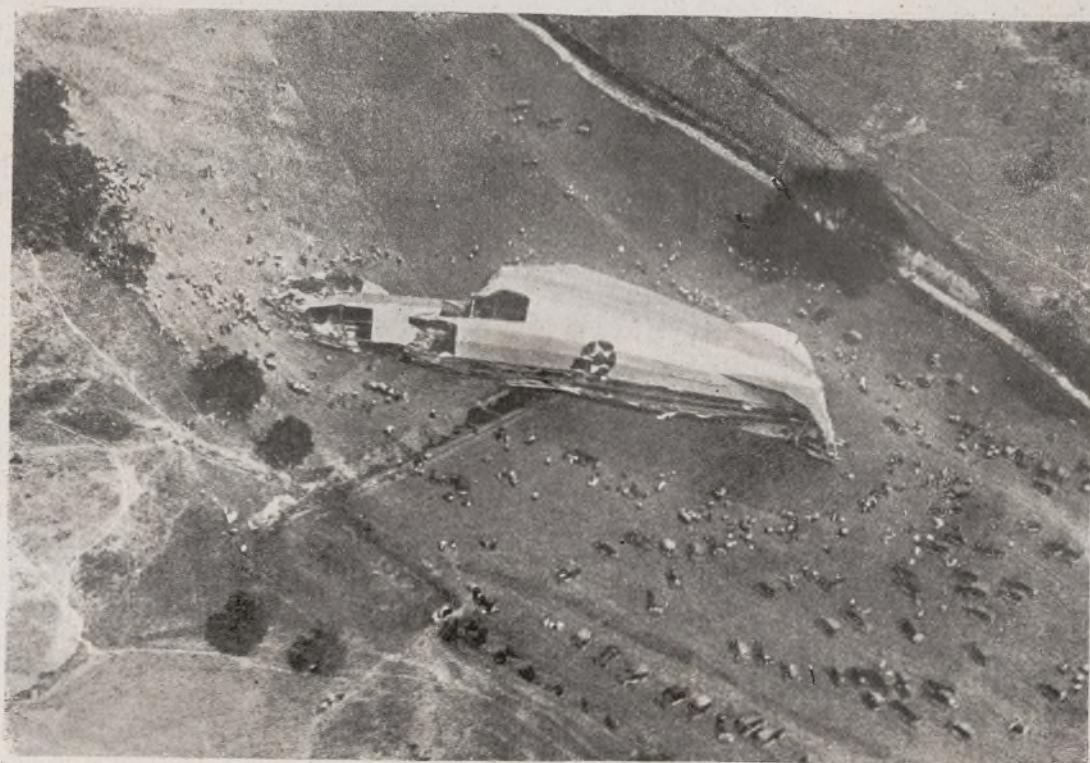
Después de un viaje a las islas Bermudas, que constituyó un verdadero éxito, salió el 2 del corriente del parque de Lakehurst (New-Jersey), con la intención, en su comandante, de llegar hasta el estado de Minnesota, después de atravesar siete estados por los aires.

A las seis de la mañana, ante un público numeroso y entusiasta, elevóse el soberbio aerostato, comenzando el viaje bajo los mejores auspicios: al mediar la noche, un aire, cada vez más violento, empujó a la nave de tal modo, que al amanecer el día siguiente se había separado más de 100 kilómetros de la ruta a seguir.

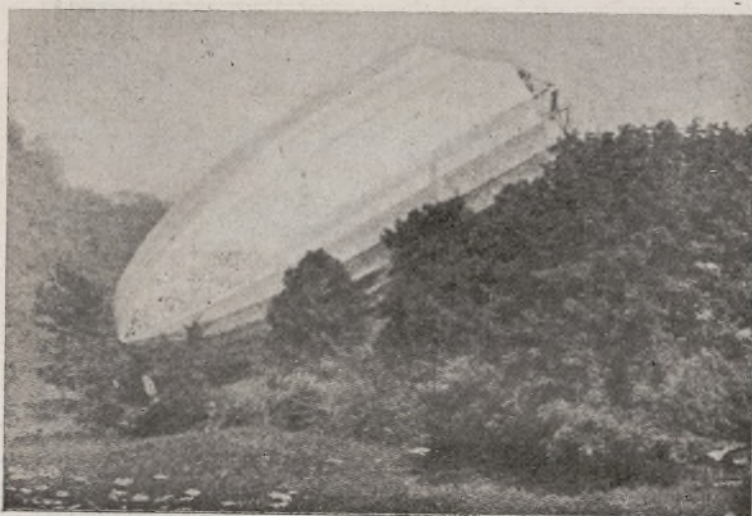
Para escapar a los efectos del huracán, remontóse a 2.000 metros y sobre la ciudad de Ava, del Estado de Ohio, la tempestad le hizo descender bruscamente partiéndole en dos: uno de los trozos cayó allí mismo y el otro, llevado por el viento fué a caer a gran distancia cerca de Sharon.



El prestigio decorativo de las bélicas estampas, tiene esta fotografía en que aparece el viejo mariscal Hindenburg, presenciando la parada militar llevada a cabo que resucita el magnífico espíritu de la Alemania del viejo imperio...



Otro trozo del dirigible que cayó cerca de Ava, del Estado de Ohio, visto desde el aeroplano. En la fotografía puede apreciarse la cantidad grande de automóviles de gente curiosa que marcharon a contemplarlo



Una de las partes del gigante diríglible americano «Shenandoah» abatido sobre un bosque después de catástrofe sufrida a consecuencia de un huracán.

pasar, y recomendaba el aplazamiento del viaje,

El destruido dirigible fué construido en los Estados Unidos, sobre planos del ingeniero jefe de los establecimientos Zeppelin, de Friedrichshafen, empezando a prestar servicio en agosto de 1923; sus principales condiciones eran: 207 metros de largo; 23,5 de diámetro y 50.000 metros cúbicos de capacidad; llevaba cinco motores.

He aquí el curioso relato que hace de la catástrofe uno de los supervivientes de la tripulación:

El dirigible yanqui destrozado por la tempestad pertenecía a la base aérea de Lakehurst (Nueva Jersey), y, no obstante las predicciones de su comandante, Mr. Lansdowne, que conocía perfectamente los vientos reinantes en esta época sobre el Estado de Ohio, por donde el dirigible había de pasar, y recomendaba el aplazamiento del viaje, la aeronave se elevó al amanecer del día 2, con orden de atravesar sobre once Estados hasta llegar a Minnesota. El jefe de la expedición, que ha encontrado la muerte en este vuelo trágico, había mostrado asimismo su disconformidad con algunas modificaciones introducidas recientemente en la distribución de los gases motores del aparato, y, sobre todo, con la supresión de 18 balones de "helium", a pretexto de que este gas ininflamable resultaba excesivamente caro.

Estos detalles servirán seguramente a la comisión investigadora que se ha nombrado para

depurar responsabilidades por la catástrofe del "Shenandoah".

En cuanto a la forma en que el accidente se produjo, el segundo de a bordo, comandante Rosendahl, uno de los veintinueve supervivientes de los cuarenta y tres hombres que formaban la tripulación, ha hecho el siguiente relato:

"Volábamos a las cuatro y media de la mañana sobre Cambridge, cuando empezó a alcanzarnos una tormenta que procedía del Noroeste y aunque los motores funcionaban

al máximo y para desviarnos de aquélla, pusimos proa al Sur, no pudimos evitarla: un formidable turbión nos elevó de pronto mil metros sobre los mil que señalaba nuestro marcador. Vaciamos rápidamente todos los depósitos de agua, recurrimos a los del "helium" para contrarrestar la vertiginosa ascensión. A este efecto corrí al departamento de popa para dirigir la apertura de los estancos de esencia.

En este instante, cinco y tres minutos, un espantoso crujido nos hizo ver cómo se desprendía de la armadura general la cabina central de dirección y descendía con rapidez aterradora, ocupada por veintitrés hombres, trece de los cuales, el mayor Lansdowne entre ellos, me entero con profundo dolor de que han perecido, y de que otros dos están heridos gravemente. Al mismo tiempo el casco de la aeronave, con formidable estrépito, quedó partido en dos mitades como con un cuchillo. El trozo donde yo me encontraba fué arrastrado por la tempestad durante veinte kilómetros, rozando al paso las copas de los árboles en grandes extensiones de bosques, y los techos de las casas en las pequeñas poblaciones por donde. Sin embargo, pudimos, milagrosamente, gobernar de cruzábamos en medio de la tromba de viento. En cierto modo el pedazo de dirigible y aterrizar al fin, en Sharon, ilesos, los siete hombres a quienes el vendaval sorprendió a popa en el momento de la ruptura. El único tripulante que fué arrastrado en el pedazo de proa, menos afortunado que nosotros, ha muerto destrozado."

La muerte gloriosa de un bravo Capitán

En plena juventud, pues no contaba más que 28 años, ha dado su vida por la patria el heroico Capitán del Cuerpo de Estado Mayor, don Manuel Pieltain de la Peña.

Lleno de entusiasmos por su profesión, solicitó voluntariamente un puesto en el ejército de operaciones de Africa y en los diversos destinos que allí desempeñó, acreditó desde los primeros momentos de su actuación una competencia nada común en las variadas funciones de su cometido, estando siempre propicio a toda empresa que significara exaltación de sus deberes de militar bravo, inteligente, pundonoroso y lleno de fogosas iniciativas.

Formando parte de las columnas de operaciones que protegieron la retirada de Xauen y Uad-Lau fué herido en uno de los combates y por sus admirables dotes de militar entusiasta, siempre dispuesto a ofrendar generosamente su vida, prodigándola en las circunstancias más difíciles, se había conquistado un puesto de honor entre los suyos, que recaban su cooperación para aquellas empresas en las que la competencia profesional y el espíritu de fogosa acometividad eran suprema garantía de éxito.

Citado como distinguido en distintas acciones de guerra, su admirable comportamiento en esta segunda etapa de sus servicios en Marruecos, pues ya anteriormente había pertenecido durante dos años a los Regulares de Larache, le había hecho

acreedor a ser propuesto para el empleo inmediato.

Y en esta situación envidiable, rebosante de juventud y entusiasmo, le sorprende la muerte en el mismo día en que, destinado a la columna que mandaba el Coronel de su Cuerpo señor Fanjul, acababa de realizar un acto heroico, coadyuvando voluntariamente al éxito de la operación en proyecto, dirigiendo el emplazamiento de una batería, empresa afortunada que contribuyó muy eficazmente más tarde a la gloriosa liberación de la posición de Kudia-Tahar.

Una bala certera en el corazón segó en flor la vida del pundonoroso militar que encontró muerte gloriosa al frente del enemigo cuando, terminado el emplazamiento de la batería se disponía a salvar la línea de fuego para dar parte del resultado de la misión que se le había confiado.

Había vestido el uniforme de Cadete de Infantería a los 14 años ingresando con el número 1 en la Academia del Arma, pasando después al Cuerpo de Estado Mayor y teniendo ya un historial honroso, que le auguraba una brillante carrera, digna de sus merecimientos.

Lega a sus hijos el heroico Capitán un nombre glorioso, y a su viuda, padres y hermanos, el recuerdo de una vida consagrada a prodigar la bondad de su alma y a servir a su patria con un desprendimiento amplio y generoso.

JAIME



D. Manuel Pieltain de la Peña, joven Capitán del Cuerpo de Estado Mayor, muerto heroicamente en Marruecos al dirigir el emplazamiento de una batería en las proximidades de Kudia-Tahar.

EL CUARTEL DEL INFANTE DON JUAN

Un local modelo.—Dependencias para Jefes y oficiales.—Las compañías. —Gimnasio, baños y duchas. —Otros departamentos.

Falta hacía ya en Madrid fuera habiendo buenos cuarteles, contruídos con arreglo a los más modernos planos. Esas grandes casas en donde viven tantos hombres necesitan estar dotadas de los elementos que requiere la higiene. El nuevo cuartel de Infantería, llamado del Infante D. Juan, es verdaderamente un modelo y constituye motivo de orgullo para nuestro ejército. Puede competir, por su construcción y orientación con los mejores del mundo. La Comandancia de Ingenieros de Madrid, que lo ha construído, merece entusiasta felicitación.

Situado frente al Parque del Oeste, de cara a la sierra del Guadarrama, sus aires son puros y su ventilación saludabilísima. Es un hermoso cuartel, de arquitectura seria, con un edificio central y varios pabellones.

En el edificio principal, abierto por amplio pa-

tio, está situado en la planta baja el cuerpo de guardia y el despacho del oficial, en donde se conserva una placa de bronce, regalo del pueblo de Bilbao al Regimiento de Saboya n.º 6, que es el que se aloja en el cuartel, como gracias por la intervención que el Regimiento tuvo el año 1911 en las huelgas obreras de aquella industriosa población.

El capitán ayudante D. Luis Berenguer, que es quien por indicación y autorización amabilísima del coronel D. Rafael Rodríguez de Rivera, nos ha acompañado en la visita, nos mostró su afabilidad enseñándonos con todo esmero cuantas dependencias tiene el nuevo cuartel.

Desde el portal subimos por una escalera de mármol al primer piso en donde está instalado el despacho del coronel, oficina, dormitorios para oficiales en caso de acuartelamiento y oficial



Interesante fotografía de la Plaza España, centro de la población moderna de Larache, obtenida por nuestro corresponsal gráfico Sr. Perera.



Larache desde avión.

(Foto E. Perera.)

de guardia y capitán de cuartel. Están amueblados muy bien; pero sin lujo como corresponde al militar: cama, armario de luna, butaquitas, una mesa-escritorio y otra de noche y perchero. Todos los locales tienen teléfono y para estas dependencias hay cuarto de baño y duchas, peluquería, limpiabotas y cocina y comedor, para casos de acuartelamiento y para el oficial de guardia y capitán de cuartel.

En este mismo piso, cuyas habitaciones están distribuidas a ambos lados de una galería llena de luz, está la Sala de Banderas, donde se guarda la del Regimiento y los banderines de gala. Esta sala está tapizada de azul, ofreciendo un bello aspecto. En el frente está un gran retrato del Rey de Italia (coronel honorario del Regimiento de Saboya), con una expresiva dedicatoria. Hay, además, un bellissimo pergamino miniado, en el que está escrito con caracteres góticos el historial del Regimiento. En dos columnitas están una figura de bronce, de un granadero italiano, regalada por los Granaderos de Italia; y una Victoria, también de bronce, regalada por la Marina de Italia al Regimiento, el año 1921.

Vemos después la Sala de Esgrima; la de reunión para oficiales; y la biblioteca, en la que se

guardan muchas obras de enseñanza militar, de literatura y de estudio. En torno de esta sala están los retratos de todos los coroneles que han mandado el Regimiento.

De la instalación de todas estas dependencias del cuartel ha sido encargado el capitán D. Antonio Milans y justo es decir que lo ha realizado con todo gusto y acierto.

En el segundo piso de este edificio, están los pabellones de residencia del Coronel, Capitán ayudante y médico.

El portal abre, en su fondo, a un amplio patio de tierra, en el que están distribuidos varios edificios de dos pisos.

En uno de ellos está la cantina, perfectamente instalada, como un verdadero café; y el economato surtido admirablemente. En este mismo edificio, en su piso alto, está la sala de sargentos y suboficiales, escritorio, biblioteca, baño y duchas, y dormitorios para el suboficial de guardia.

En un ángulo del patio, está instalándose un campo de tiro de pistola, con sus correspondientes muros de protección.

Pasamos a otro pabellón en donde está el local del gimnasio y los baños y duchas para la tropa. Es verdaderamente magnífico. Tiene seis pi-

las para baño y treinta duchas. En verano se han estado bañando los soldados diariamente; en otoño lo harán alternamente; y en invierno, una vez por semana. Desde luego el médico los reconoce primeramente y manda lo que ha de tomar: baño o ducha y a la temperatura conveniente.

Las compañías están instaladas en estos edificios, dos en cada uno: primero y segundo piso. Tienen dos amplios dormitorios, con sus camastros y arquillas correspondientes. Cuarto escritorio para los soldados, biblioteca, dormitorios para sargentos, y cuarto correspondiente; almacén, despacho del capitán, oficina de la compañía y cuarto de aseo. Cada compañía tiene sus retretes de noche, pues para el día hay uno general, con depósito que automáticamente descarga el agua.

En otro pabellón está el comedor, con vajilla propia, para que la tropa no tenga que usar el plato ni el vasillo y se evite la molestia de su limpieza. Este servicio lo realizan los soldados encargados del comedor. El rancho se sirve en fuentes, que se conducen desde la ranchería en carretones apropiados.

El polvorín, almacén de municiones, está en un edificio especial, apartado de los demás.

También están muy bien montadas las cuadras locales para el tren regimental, guadarnés, y talleres de carpintería, sastrería, zapatería, herrería, armería y lavaderos con máquinas de vapor para la limpieza y secado de la ropa.

Otra dependencia perfectamente montada, son los almacenes, que mereció la felicitación del Rey cuando hace poco visitó el cuartel. En ellos se guarda, prontos para cualquier momento dado, 1.500 equipos completos.

El local sanitario tiene el despacho del médico, botiquín, sala de espera y enfermería para los soldados que no necesitando ir al hospital, tampoco pueden estar en las compañías para que el ruido no les moleste, dormitorios de sanitario de guardia y sala de operaciones.

En otros departamentos vemos el material de enlace, eliógrafos, banderas de señales, teléfono

y telégrafo, bicicletas; y aquí se guarda también un soberbio aparato cinematográfico, regalado al Regimiento por las Sras. de Sta. María Inmaculada.

Con especial cuidado están montadas las academias. Aúlas para la enseñanza de soldados, de sargentos y suboficiales y para oficiales (esta clase, de topografía, con admirable material de planos). Estas academias tienen mapas de geografía, de geometría, de sistema métrico decimal, de historia de España y de anatomía. En la de soldados hay un valioso crucifijo regalado por las mismas señoras antes citadas.

También produce excelente efecto el local de armamento, granadas de mano, explosivos y ametralladoras, de lo que está encargado el comandante D. Ricardo Aimás.

Todo ello bien merece una explicación detallada y minuciosa; pero acaso se haría pesada esta información, pues es para visto y no para contado. Así pues, diremos, por último, que en el cuerpo de guardia tienen los soldados su comedor, dormitorio y cuarto de visitas, todo perfectamente dispuesto. Y junto a estos departamentos está el cuadro distribuidor de electricidad, y las habitaciones para el destacamento telegrafista destinado al servicio de la línea general e interior.

Como detalle curioso diremos que el cuartel tiene 2.000 llaves.

Y por último, señalemos que en el patio, de amplitud suficiente, aprenderán los reclutas la instrucción. Debe servir de ejemplo. Hay que desterrar la costumbre de que la instrucción del recluta se ejecute a la vista del público, con lo que se tendrá la independencia necesaria y los soldados torpes no serán el blanco de las risas de los chiquillos.

En resumen. El cuartel del Infante D. Juan es un cuartel modelo, en donde la vida del soldado tiene cuanto es necesario para su higiene, descanso y enseñanza. Todos los militares deben visitarlo.

JOSE CASTELLON



SOBRE LA MARCHA

Julio Romano es un escritor fácil, flexible, que se adapta a todos los ambientes. Periodista completo, posee todas las gamas del interés y de la emoción para retener al lector suspenso con su gracejo inimitable y su galanura de estilo, como lo muestra el presente artículo.



Joven, ¿me quiere usted escuchá dos palabras?
—No.
—¿Eh?...
—¡Que no, le he dicho a usted!
—Mire usted que es una cosa urgente.
—Pos vaya usted a telégrafo.
—¡Qué gracia, eh!...
—Ni gracia ni ná, pero, ¿me quiere usted dejar? ¡Qué tío!
—¿Ha visto usted a arguien de la familia?
—Hay días negros.
—Menos cuando yueve y sale el arco iri...
—Pero, ¡qué mal ange tiene usted!
—Lo sabía ya.
—Y está usted limpio.
—Me xpiyo ante de salí de casa.
—Dios mío, ¿cuándo vendrá el cólera?
—Han puesto el cordón, ¿pero va usted muy lejos?
—¿A usted qué le importe?
—No me trate usted así, hija. Le desía eso pa que no me pasada por el Rinconsiyo, pos ayí se han dao tres casos de viruela negra.
—¡Qué noticias más buenas trae usted! ¡Se va usted a acreditar!
—Yo soy un infelí... ¿pero se pué saber dónde va usted?
—A entregá, hijo mío, a entregá!
—Y yo.
—¿Usted?
—Sí; yo también la voy a entregá... tengo un cayo.
—¡Uy, hasta cayo!
—Pero, ¿pero quiere usted que lleve la caja?
—No: lo van a tomá por otro.
—¿Por otro?... ¡Ah! Hay otro que...

—No, hombre, que eso e un ofisio muy bajo.
—Muchas gracias.
—No hay de qué.
(Llegan a la plaza de San Pedro)
—¿Quiere usted descansá?
—Descansaré: usted e atroz, ¡qué pelmaso!
—No me eche usted piropo.
—Pero, hijo, váyase usted... cualquiera que me vea dirá...
—Dirá... parese mentira lo que hace el carriño, un hombre tan feo con un ange.
—Se agradece.
—No se quite usted el sombrero que se le va a ve la carva.
—Niña... de eso no hay ná; este pelo que usted ve es mío, y en esta cabeza no ha caído todavía una gota de Petróleo Gá.
—Pero, hijo, es usted una lástima, ¿donde le pelan a usted?
—¿Dónde? En la barbería de má rumbo e Scviya... ¿No ha visto usted en la caye Sierpe un letrero grande que dise "On chevens, on rase"?
—¿Dónde ha aprendió usted eso?
—Bueno, ¿me quiere usted escuchá en serio?
—¿En serio?
—Mire usted, esta mañana, cuando salí de casa, dije:—Mira, Rafaé, no lo pienses má y líate la manta a la cabeza.
—¡Ja, ja, ja!
—¿De qué se ríe usted, arma mía?
—Que con una manta a la cabeza se iba usted a paresé a ese moso que vende dátiles.
—Pos eso dije yo:—Rafaé, líate la manta a la cabeza, y buscá una mujé pa tu avío.
—Sí.

—¿Eh?...

—Que sí, que está usted aviao.

—...una mujé que sepa poné unn puchero y que sepa hasé una carisia, una mujé que cuando te va triste te cante y que si te ve alegre te aumente la alegría cantándote también.

—Usted se ha equivocado.

—¿Por qué?

—Usted no quiere una mujé, usted lo que quiere es un canario.

—...una mujé que te limpie la ropa, te asee, te de por cada pespunte un beso y te quite las manchas, que tienes más que er só.

—Y ahora, ¿quien te quita las manchas?

—Yo, con bensina.

—Ya lo había notao.

—¿Cómo?

—Antes de ascrcarse usted en la Campana lo olí, y me eché por la asera creyendo que era un automóvil de esos que no hasen ruío.

—¡Guasona!... Pos sí, nena, eso venía yo pensando; y yo desía: Rafaé, esa sería tu felisidá... entonse la ví a usté.

—Eso e muy triste.

—Sí, como e siempre la felisidá.

—¿Y usted vive solo?

—Como la una.

—¿Y usted guisa?

—No; tengo una patrona que e la fiera más grande que yo he visto. ¿Ve usted este bulto que tengo en la cabeza?... Pues me lo hizo ella con una bota.

—Sus motivos habría.

—No; por na... por qué se empenó en hase-me creé que yo rompo los carsetines por la punta.

—¡Pobresiyo!...

—Ya usted ve, ante con do pare tenía par verano: dende que estoy en esa casa, me tengo que mudà tó lo mese; e atró...

—Bueno; me voy que e muy tarde, ¿tiene usted hora?

—No, mi reló se empenó... en no andá... pero ya será la una.

—¡Qué tarde! Hoy me pega la maestra. Y ahora tengo que irme por San Pablo pa no pasá el Rinconsiyo, por mó de la viruela.

—No, tonta. Eso de la viruela e un desí... Es que como mi encargao vive ayí... y como yo he perdido hoy el trabajo... pos claro...

—¡Ah!... *(Se ríe y se levantan)*.

—Bueno.

—Bueno.

—De modo que...

—Sí que...

—Usted se va por ayí.

—¿Y usted?

—Por ayí.

—Bueno.

—Bueno.

—¡Ay, hijo mío! ¿Tiene usted hipo?

—No, mire usted... es que yo quería que usted me dijera si esta noche...

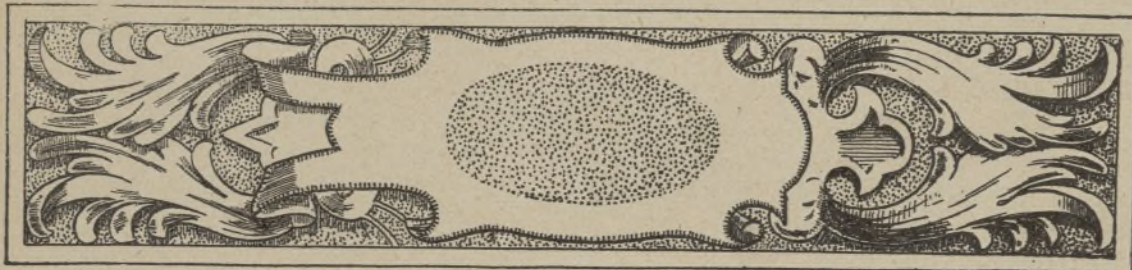
—Sí hombre, esta noche a las ocho en los portales de San Francisco. *(Se separan y vuelven la cara varias veces, mirándose y riéndose hasta perderse de vista)*.

EL.—*(Se para en una esquina, enciende un cigarrillo y se marcha jacarandoso y pinturero, exclamando)*:

Vaya una mano de capote que me ha dao Dió... Y que me parece que a la chiquilla le he llegao a lo jondo.

ELLA.—*(Radiante y satisfecha, camina de prisa contoneando su cuerpecito grácil; se para un momento, suelta en el suelo la caja, y con sus dedos finos se arregla algunos bucles, mientras piensa)*:

—¡Pobresiyo; qué triste será vivir solo, sin nadie en er mundo!



NO SE VA LA PALOMA

En todo el lugarón comentóse mucho aquel cambio inesperado de Ana María. Se iba a unir en matrimonio con Pedro, y nadie ignoraba que esta resolución de la moza era opuesta a su verdadero modo de sentir. Siempre demostró una inefable repugnancia, un odio acerbo hacia este mozo timorato y rudo que se sonrojaba toda vez que la casualidad les ponía a entrambos frente a frente. Como ella hizo constar con harta frecuencia en público, no era Pedro "su tipo". Primero se dejaría ahorcar que casarse con él.

Y todo el mundo sabía así mismo que Ana María no quiso nunca más que a Salvador "el Molinero".

Salvador sí era lo que se dice un buen mozo. Chirigotero y parlanchín, ponía siempre en sus palabras el mismo fuego que ardía en sus ojos cuando de alabar a una hembra se trataba. El había sido su primer novio. El vertió en sus oídos esas primeras frases ardientes que son como cantos de alondras en toda alborada juvenil. Novios más fieles que ellos, no los había en todo el contorno, ni más "amelonados", ni más inseparables. Abelardo y Eloísa, les llamaba el señor cura. Cuando riñeron, la vecindad se hizo cruces. ¿Era posible? ¡Bah! No tardarían en "arreglarse de nuevo... Pero no fué así. Pasó un mes y otro y no se les volvió a ver en la reja. Cierta es que durante el tiempo que llevaban alejados ni una sola noche dejó ella de esperarle ni él de pensar en volver a buscarle nuevamente.

Mas he aquí que a pesar de todo esto, Pedro y Ana María tienen proyectada su boda para el próximo día de San Juan.

¿Que cómo, queriendo a Salvador, la moza se casaba contra su gusto? Este y no otro era el enigma que, por más vueltas que se le daba, seguía siendo indescifrable para el curioso vecindario del lugarón. ¿Se casaba por despecho? ¿Por celos, acaso?

Precisamente no hacía mucho tiempo que Ana María hubo de dar una nueva prueba de su cariño por Salvador.

Era la fiesta del lugar, y Ana María hallábase con otras amigas en el baile de la plazuela. La orquesta de guitarras y bandurrias preludiaba una danza paramesa y en un corro danzaban las parejas rítmicamente. Pedro se adelantó hacia la hermosa lugareña y le ofreció un ramo de amapolas, que ella aceptó colocándolo en su seno. Salvador, que no le quitaba ojo a su ex novia, quiso cerciorarse de si aquella prueba dada a su rival era de amor, y antes de finar el baile, diri-

gióse a Ana María, que se turbó como paloma que siente cerca al milano:

—Uno don quisiera de tí, Ana María, si pudeser.

—Tú me dirás, Salvador.

—¿Tienes en mucha estima ese ramo que en tu pecho pusiste?

—No más es que un recuerdo.

—¿Y si yo te lo pido como recuerdo también?...

Vaciló un instante. Miróle ruborosa y encendida, y su mirada se encontró con la del mozo... Le suplicaban aquellos ojos a los que nunca supo decir que no... ¿Qué diría la gente? ¡Bah! No importaba. Aún la quería Salvador, su Salvador, y parecerle bien a él valía por todos los reproches con que la zahiriese el mocerío allí congregado. Negarle el ramo equivalía a dar su adiós para siempre a aquel cariño que era toda su vida. La cegó esta idea, y súbitamente, nerviosamente, depositó el rico don en manos de su antiguo novio.



Pruebas como ésta las había dado la moza siempre que de Salvador se trataba. Sin embargo, la fatalidad no quiso que uno y otro se pertenecieran, y el mismo día de San Juan salieron de la iglesia desposados Pedro y Ana María.

Fué en una casita rústica no distante del lugar donde ardió la llama de aquellos amores inefables, y el matrimonio gozó de una dicha aparente durante algún tiempo. Y les nació un niño rubio como una mazorca... Ana María encontró en aquel nenito blondo todo el cariño que en Pedro no encontraba desde hacía algunos meses. Su marido la abandonaba para irse al lugar, de donde volvía, mediada la noche, embriagado y maldeciente. La maltrataba y la zahería con desprecios, con calumnias, con golpes. Y ella, la pobre, soportó humillaciones y malos tratos, ahogando sus lágrimas en la sombra...

Esta noche, Ana María, después de dormir a su hijo, se ha sentado un momento tras la reja.

Pedro fuese de anohecida al caserío todo en fiestas en esta noche de San Juan. Ana María quedóse llorando. Hubo de reñirle porque ella le suplicó que no bebiese, que evitase cuestiones. Y él, entre amenazas y rugidos, salió dando un portazo y alejóse por el sendero al punto que la luna aparecía.

Apoyó los codos en la reja y miró las hogueras lejanas y escuchó el rumor fiestero de los caseríos. Y la voz femenina de la gaita trajo esta copla a sus oídos, con volar de ave:

Si se va la paloma
ella volverá.

Deja los pichones
a medio criar.

¡No se va la paloma, nooo!...

De repente vió un hombre que avanzaba por la senda. Irguióse para cerrar la ventana, pero ya no le dió tiempo:

—Dios te guarde, Ana María.

Creó que despertaba de un sueño. Era Salvador.

—¿No has visto a nadie por aquí?

—¿Cómo? ¿A quién? ¿Le ha ocurrido algo a Pedro? ¿Le han herido quizás?

—Tu Pedro, borracho y caído en tierra en la plaza del lugar, ha osado decir que tú... eres una mala mujer..., que al primero que llegara no estando él aquí, le abrieras la puerta...

—¿Cómo es eso? ¿Tú sabes lo que dices? ¿Estás en tu juicio?

Creó que se ahogaba. Un sudor frío bañó todo su cuerpo y palideció como una muerta. ¡Señor, tanta maldad no era posible!

Y, sin embargo, el estigma lanzado por su marido contra ella era cierto. Salvador venía, sin

duda, a ser "el primero" a quien "la infiel" recibiría en su casa en ausencia del esposo.

Después de una pausa habló Ana María:

—Oyeme, Salvador. Yo te suplico que te retires de aquí. Vete...

—No, no me iré. ¿Tú sabes por qué vine? Porque cuando Pedro, quizás sin darse cuenta, publicó tu deshonor, no faltó entre los mozos quien murmurara:—"Los borrachos dicen las verdades. Cuando el río suena..." Y uno de ellos, más osado, dirigióse hacia aquí con ánimo de convenirse por sí solo de tu maldad... Pero yo, que te conozco, Ana María, yo que te quiero como siempre te quise, he venido a no consentir que nadie se acerque a tu casa...

Ana María, enloquecida de espanto, apoyóse sobre el alféizar de la ventana y lloró.

—No sé qué me da verte llorar, Ana María. Quisiera ser yo quien llorase... Mirame... Ya ves lo que tu suerte te depara; una vida de esclavitud, de inquietudes, por todo el mundo mal mirada y mal querida... Pero aún puedes ser feliz, aún estás a tiempo... Vente conmigo...

—¿Cómo, qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—¡Qué he de estar loco! Si eras mía. Si de quien nunca has debido ser es de *ese*, de tu hombre, que en la casa te maltrata y en la calle te deshonra.

Ana María, como en un arrobamiento de angustia y desesperación, oía, sin querer, al único hombre que la amó en el mundo... Pensó que cuando volviese su marido acaso alguien le habría dado la noticia de que Salvador había estado hablando con ella toda la noche. Y el temor de que Pedro volviese dispuesto a vengarse, le sugirió la idea de huir.

.....

Cantó un gallo anunciando el alba. En los caseríos aún proseguía el bullicio fiestero y el son de la gaita volaba por los campos como un lamento.

Rechinó una puerta al abrirse.

—¡No perdamos un instante!—dijo Salvador. Se hizo un silencio. Luego sintióse llorar a un niño.

—Es mi niño... ¡Mi niño que llora! ¡Vete, vete, Salvador!

Y Ana María volvió a entrar en su casa y cerró la puerta.

Salvador se alejó por el sendero.

Y de los lejanos caseríos vinieron los sollozos de la gaita y volvió a sonar la copla como un triunfo:

Si se va la paloma—ella volverá.

Deja los pichones—a medio criar.

¡No se va la paloma, nooo!...

MIGUEL DE CASTRO

DEL SOLAR ARAGONES
PERROS Y GATOS

—Pero, ascucha, Celipe: tóo aquello de que a tú no había endina que te cogiera, ¿s'ha qudao en ná?

—Una cosa asina.

—Sí qu'has tenío poca fuerza pa resistir.

—No fué eso, no: es que uno, pos, es como l'hizo Dios.

—¡Rediéz si discurre!

—No vengáis con chufas entoavía; guardaia, que pué qu'os hagan falta, pa dimpués de contaros porqué me caso con la Colasa, a más de que porque quiero.

—¿Tan gracioso es el caso?

—Por lo menos a mí se me fegura que no ha habido otro parejo.

—¡Concho! pos ya tié que ser raro; mia qu'en eso de los casorios hay cá gatuperio.

—Pos mira, pué que este sea uno; porque la gatica blanca de pelos largos de mi novia, no es la que menos culpa tiene.

—¿La Menusa?

—La misma: ella y mi perro, el Vampiroso, lo armaron tóo; es decir, el que yo me fijara en la carica de rosicler de la Colasa y a fuerza de fijame, que m'apeteciera mordela.

—Entonces, tu boda es cosa de perros y gatos; no paece, asin, un síntoma mú güeno ¿querrá icir qu'acabaréis, como hacen esos animalicos a la postre?

—No hobre, no ¿te lo cuento u no?

—Conta, que pa saber lo que pasa, siempre tendremos tiempo.

—Verás lo que fué; paseaba yo una tarde por el soto y al salir de él y acercarme aonde vive la Colasa, riéte tú de un tirremoto.

—No me paece a mí qu'eso sea cosa de risa.

—Como si lo fuera: el Vampiroso, que pa mí no piensa sino en merendase una gata con bigotes y tóo, se mete en la casa y arma el primer tinglao; sillas que se caen, bufidos, gritos, lardidos, el desmiguen.

—¡Rediéz! ¿qué hizo el animalito?

—Ahí escomienza lo gracioso del caso; yo, me colé detrás pa ver lo que podía arreglar del estrupicio, y me quedé embobao con lo que ví: la Colasa, casi tan guapa como la Pilarica, estaba de pie, junto a una silla caída, con la gatica, mú asustá, en los brazos y regeñádo al Vampiroso, con tanto coraje, que por poco no le digo que se quitara pa poneme yo; el condenao, le gustaba tanto la regañina, que no hacía sino lamele la

mano y mover el rabo más contento qu'un fraile cuando acaba la misa.

—Ná; que t'entró la pelusilla y...

—¡Cabal! y a las dos u tres semanas, yo tenía en brazos a la gatica y la Colasa, lo mesmo me regañaba a mí qu'al perro...

—Oye: ¿y hacías tú lo que el Vampiroso?

—Hacía... pues, fegurate, cuando siendo lo soy se m'ha ocurrio casame...

—Se comprende, maño, se comprende. Pos ná, que sea la enhorabuena y que no te resulte gata...

—¡Qué cosas dices! si ya la Menusa no le bufa al perro y éste juega con ella, parejo que...

—No digas más; me lo feguro: hay cosas que no se puén icir maño...

—¡Otra! pos no corres tú poco...

—No, que vas a ir despacico...

—Como se va cuando ves en el arbol un ma-ciojotón coloradico, que te llama p'a que lo cojas.

—Cuando igo que t'has vuelto un miau... asina hacen los gatos, en viendo caza...

—Justo: y no se les va, como a los perros, que la tien que coger por pies.



—Pa mí que t'has propuesto hacer de tóo menos de presona...; ¡será que estés amelonao!

—Pué que lo sea; pero más contento, ni cuando parió la yegua a la borrica que me trae y me lleva al campo...

—M'alegro de tóo, maño; chócala, y, ya sabes; ¡que yo lo vea!

—Si tiés capricho...

* * *

—No s'asuste usted, señá Rimedios: el estar mal avenío un matrimonio, entre los matrimonios pasa...

qué te voy a icir a tú, si rezo con él el rosario u la letanía...

—Como si quíes que sean las dos cosas...; a mí...

—Pos parece como si te importara...; ya t'avisaremos pa que hagas el trapiés...

—Si sus calláis d'eso, os diré una cosica qu'entavía no la sabe naide más qu'ellos.

—Y, ¿quién son ellos?

—Diga, diga...

—Pos ellos son..., ¡sí qu'os lo vais a februar! la Colasa y Celipe, que paece que no andan tan alimbiraos como cuando festejaban.



—¡Claro!, una sola presona no pué regañar con otra.

—Yo las conozco tan finas, que con ellas mismas regañan.

—Ya sabemos que tié usted mucha conciencia...

—Si quíes decir algo raro, tira por en medio y dilo, que no me gusta a m andar por sendericos hubiendo camino rial.

—¿Cuando festejaba usted con el señor Pascual, tamién s'iba por la carretera...?

—Entonces, como el mejor camino era el qu'andaba con él, pos iba siempre por el mejor.

—Anda, maña; ¡vuelve con pregunticas!

—Asina se debe de ser y no andar con tapujos; ¿seremos como tú, que no vas con el novio más que a misa?...

—T'advierto, Dorotea, que no tié na que ver lo que ella diga con lo que haga...

—¡Natural!; si el novio es pa mí, no sé por

—¡Aún habrá quién haga caso a los hombres!..., ¡más trapaceros!...

—Ya las hay que no les hacen caso..., ya...; como no se les acerca denguno...

—¿Es que no pues hablar más que dando untás?

—Si estás junto a una presona que no hace sino agujerearte la ropa..., pos la tiés que coser...; ¡güeno!... ¿qué es lo que dicen de la Colasa?

—¿No pué ser que digan d'él?

—No está mal preguntao, porque lo que icen es que si se llevan mal, que si no se llevan bien, que si allí no hay paz..., que si los genios no van el uno pa el otro...

—¡Mira! allí viene el mosén; si le preguntáramos..., ¡él lo sabrá!

—Si se lo han icido en el confesionario, no lo pué icir...

—Pero, por preguntale, no s'incomodará.

—¡A la paz de Dios!...

—Tenga usted mu güenas, mosén.

—Se trabaja, ¿eh?

—Como ice usted que asín se pué ganar el cielo...

—Sí; pero es a condición de que mientras trabajan las manos no hagan lo mismo las lenguas, ¿eh?

—¿No se pué hablar sin hacer mal?

—¡Hum!, las mujeres con tal de decir algo, solés no pensar en lo que decís, y si no, ¿a que acierto de que hablabais?

—Como en tóo el pueblo no se cuenta otra cosa...; pero ¿es verdá lo que icen?

—Yo no sé lo que dirán; lo que sí puedo ase-

guraros es que aquello es una casa de perros y gatos...

—No le choque; no ve usted qu'el festejar vino por si el perro de él había querido comese a la gatica de ella...

—Eso; eso es lo que da al caso la gracia por quintales; se quisieron porque reñían el *Vampiroso* y la *Menusa*, y resulta, después de casados, que los animalitos comen en el mismo plato tan amigablemente, y ellos se tiran los platos a la cabeza.

Y durante mucho rato se oyeron francas las carcajadas del cura y de las que, mientras calleteaban, rendían culto al sabroso y clásico alparecear, que los simpáticos baturros dicen.

Barniz charol Blanco para correajes del Ejército

Perseverante en perfeccionar la fabricación de mis barnices para correajes del Ejército, hoy puedo ofrecer ya un nuevo barniz para correajes blancos, que por sus condiciones tiene grandes ventajas sobre el empleo del albayalde y la cola (procedimiento antihigiénico y dañoso para la salud). Por su fácil aplicación y rapidez en secar permite obtener en breve tiempo un cha-

Precio del frasco, 1,75 pesetas

UNICO FABRICANTE DEL ACREDITADO

BARNIZ AMARILLO

I. RODRIGO



TOLEDO, 9C

rolado tan perfecto, que en pocos minutos se presenta un correaje para una revista ::::::::::::::

MUESTRAS A DISPOSICION DE LOS
SEÑORES JEFES QUE LO SOLICITEN

PARA CORREAJS DE LA GUARDIA CIVIL

Marca "EL TRICORNIO"

MADRID

PASATIEMPOS

Pasaba un caballero con mnchas patillas y gaban por la Plaza Mayor.

Una criada, que había recibido carta del pueblo, se le acerca, diciéndole:

—¡Caballero!

—¿Qué se le ofrece a usted?

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—Si tal.

—Pues léame usted esta carta que acabo de recibir de mi familia.

El caballero cogió la carta, la abrió, la miró atentamente, y comenzó a llorar.

La criada, viendo aquel llanto, creyó que lo motivaba alguna desgracia de su familia, y se echó a llorar también.

NAVAS-

Gorras - Bordados

--- Banderas ---

23, CAMEN, 23 -- MADRID

Aquello era un valle de lágrimas.

—¡Pero, caballero, preguntó por fin la criada hable usted, por Dios! ¿Escribe mi padre que se ha muerto?

—¡Qué me importa a mí su padre! Lloro porque un caballero como yo, ¡asómbrese usted! no sabe leer.

MELODIA S. A.

MADRID Avenida del Conde de Peñalver, 1

PIANOS VERTICALES Y DE COLA

(FABRICACION ALEMANA)

AUTOPIANOS

INTERPRETADORES

MELODIA

Reproducen con absoluta exactitud las obras interpretadas por los mejores artistas del piano

SECCIÓN DE PASATIEMPOS

POR RAMÓN MARAVER

TODAS LAS MAÑANAS N.º 38

CONCURSO

NUESTRO SEÑOR

N.º 40



K



DDD LAMENTO



DE JULIO, AGOSTO Y SEPTIEMBRE DE 1925

Para conocer las Bases de este concurso, véase nuestro número del 10 de Julio.

IMPORTANTE

Los pasatiempos de palabras cruzadas, que figuran en el presente Concurso, se considerarán a pesar de ir numerados, como fuera de Concurso, sin embargo, a los solucionistas que envíen solución de alguno, se le computará cada una, por solución de los demás que vengan en blanco o con algún error.

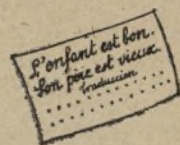
Ramón Maraver.

Julio II

DE GEOGRAFIA

N.º 41

NOTAS



Misceláneas

Un automóvil atropella y mata a un individuo.

—Hay que decirselo a su mujer—dice uno de los que han presenciado la desgracia.—Pero, ¿quién se atreve a darle esa noticia así, de repente?

—Yo se la daré—dice Gedeón—. Ya verán ustedes cómo no la impresionona.

—Señora—dice al verse ante la viuda—: ¿quiere usted casarse conmigo?

—¿Casarme? ¡Pero si soy casada desde hace dos años!

—No, seño-

ra. Es usted viuda desde hace media hora. Conque... usted dirá...

— Un violinista célebre ejecuta admirablemente una pieza difi-

PARA TOMAR ACUERDO

N.º 39

DIRECC TIVA

CEN A A LERAL

cil, con una sola cuerda, por lo que el público le aplaude con frenesí:

—Permítame usted que le diga—observa un espectador—que tendría mucho más mérito si suprimiera también esa cuerda:

En un examen:

—Dígame usted, ¿qué es un bosque virgen?

—Pues un bosque virgen es un bosque en el cual la mano del hombre no ha puesto jamás el pie.

Cupón núm. 9

de la serie de nueve, que deberá acompañar al pliego de soluciones del CONCURSO de julio a septiembre



El "Pianola-Piano"

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de todos

LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL "PIANOLA-PIANO"

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas
INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES
y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

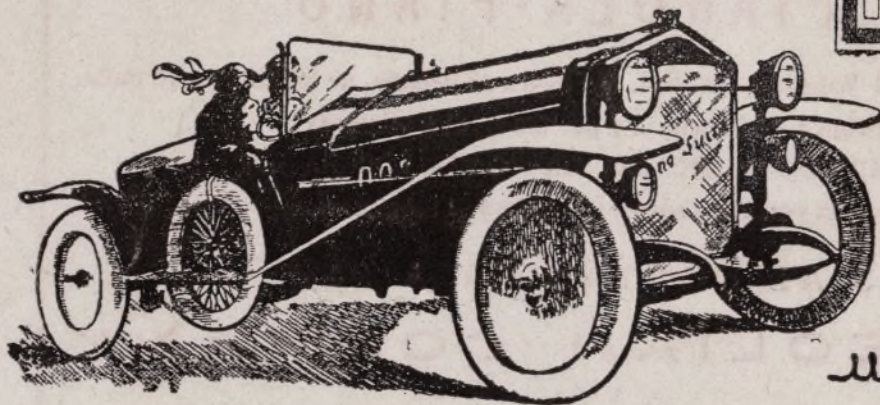
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de
acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices.
Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos
para aviadores.—Tornillería de acero.—Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



TALLERES «Prensa Nueva», CALVO ASENSO, 3.—MADRID